

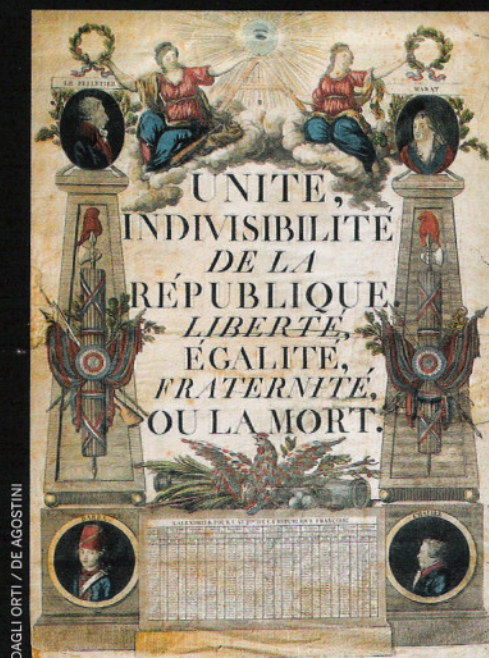
EL ALMA DE LA REVOLUCIÓN

MAXIMILIEN ROBESPIERRE

Orador brillante, en 1793 se hizo con las riendas de la Revolución Francesa, al frente del partido jacobino radical. Se le atribuyó la organización del Terror, al que él mismo acabó sucumbiendo

JOAN TAFALLA MONFERRER

HISTORIADOR



DAGLI ORTI / DE AGOSTINI

CALENDARIO del año II (1793-1794) de la República francesa, el período de dominio de Robespierre. Museo Carnavalet, París.

MAXIMILIEN ROBESPIERRE
(a la derecha). Retrato anónimo, basado quizá en un dibujo atribuido a David o Gérard. Museo Carnavalet, París.



JURAMENTO de proclamación de la Asamblea Nacional de 1789. Litografía según un óleo de J. L. David.

LA REVOLUCIÓN

DE LOS LIBERALES A LOS JACOBINOS

1787-1789

Para resolver la crisis financiera, Luis XVI convoca una reunión de Estados Generales en representación de los estamentos.

1789-1791

Los diputados de los Estados forman en 1789 una Asamblea Nacional, con la misión de elaborar una Constitución liberal, aprobada en 1791.



SÍMBOLO DE LA LIBERTAD EN UNA ESTAMPA DE 1789. MUSEO DE LAS CIVILIZACIONES DE EUROPA, PARÍS.

1791-1792

La Asamblea Legislativa se enfrenta al boicot del rey, a la creciente amenaza externa y a la radicalización de los jacobinos.

1792-1793

Derribada la monarquía en agosto de 1792, se forma una Convención republicana dominada inicialmente por los girondinos.

1793-1794

Tras lograr el apoyo de la mayoría de la Convención, los jacobinos ponen en práctica su programa democrático radical.

ASCENSO Y CAÍDA DE ROBESPIERRE

1789

Robespierre es elegido diputado por el Estado Llano de Arras para la reunión de los Estados Generales.

1789-1791

Como diputado en la Asamblea Constituyente defiende la libertad de los negros, el sufragio universal y el control de abastos.

1792

Tras abandonar la Asamblea se hace fuerte en la Comuna jacobina de París y redobra sus críticas contra la monarquía.

1793

Tras la expulsión de los girondinos, ejerce gran autoridad moral sobre la Convención y defiende el gobierno revolucionario.

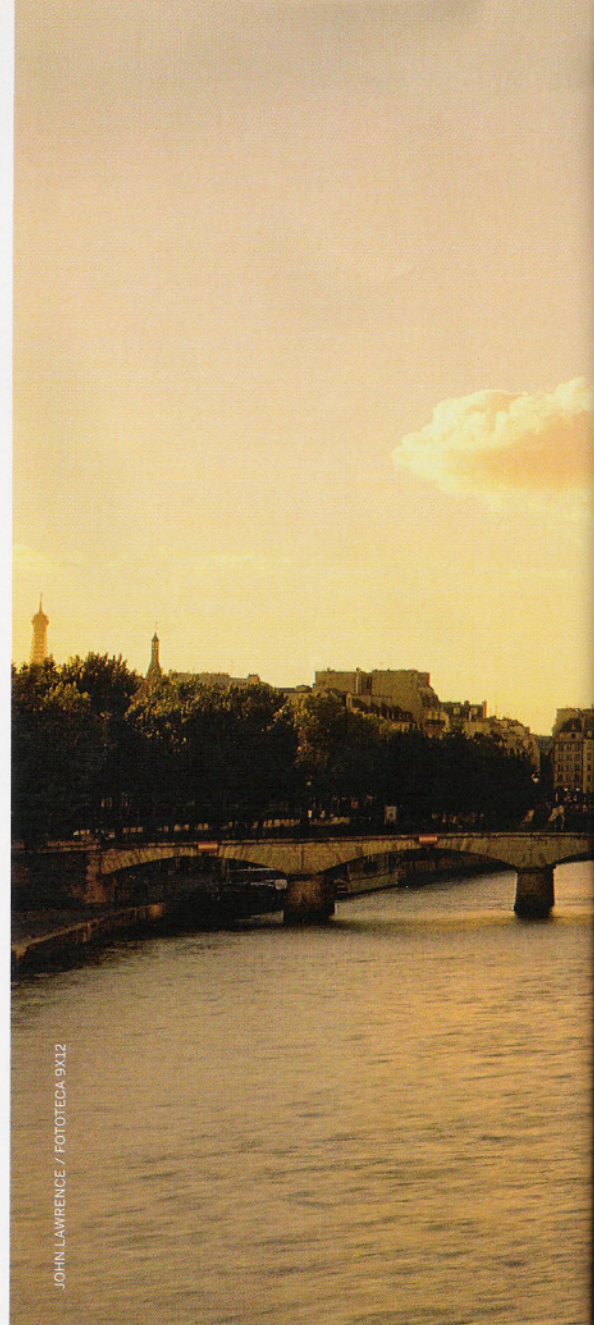
1794

Cuando su dominio parecía mayor es derribado por una conjura parlamentaria.

ROBESPIERRE. BUSTO DE LOUIS PIERRE DESEINE.



BRIDGEMAN



JOHN LAWRENCE / FOTOTECA 9X12

El fundador de la república democrática francesa no tiene ninguna calle en el nomenclátor de París. El inventor de la máxima «Libertad, igualdad, fraternidad» no tiene ninguna estatua ni monumento en la Ciudad de las Luces. Únicamente en Arras, su ciudad natal, quien fue el personaje central de la Revolución Francesa ha recibido algún reconocimiento. Tras su ejecución, Robespierre se convirtió en innombrable. Dos siglos más tarde, quizá sea ya hora de recuperar al Robespierre histórico.

Maximilien perteneció a una conocida familia de Artois, de la que habían salido desde el siglo XVI abogados, procuradores y notarios; todos ellos simples burgueses, pese al uso de la partícula «de» delante del apellido. Fue el primer hijo del abogado François Robespierre y de Marguerite Carraut, hija de un cervecero. Tuvo cuatro hermanos menores, y quedó huerfano a los ocho años



VISTA DE PARÍS. La Revolución dejó una profunda huella en París. Edificios medievales como la catedral de Notre Dame (en la imagen) sufrieron graves daños.

al morir su madre de parto. Dos años después el padre abandonó a los pequeños, dejándolos a cargo de su abuelo y sus tías.

UN ESTUDIANTE APLICADO

¿Cómo pudo afectar este drama familiar a la formación y el carácter del futuro líder revolucionario, convertido casi en cabeza de familia cuando aún era un niño? Algunos han afirmado que su carácter serio y responsable, amante del estudio y de la soledad, pudo deberse a estas circunstancias.

Su hermana Charlotte explica, por ejemplo, que durante su infancia Maximilien no participaba en los juegos de sus compañeros de colegio. La estrechez económica que conoció en esos años pudo también inspirar en Robespierre la compasión por el destino de los pobres. Matriculado en el colegio de Arras, institución que había pertenecido a los jesuitas y, tras la expulsión de éstos, quedó a cargo de la orden del Ora-

torio, recibió allí los rudimentos de una formación religiosa y literaria. Después de estudiar cuatro años en dicho colegio, su abuelo le consiguió una beca para estudiar en el colegio Louis le Grand de París. Desde los 11 a los 23 años siguió allí los estudios secundarios y los de Derecho. En esa época leyó también con pasión a Rousseau y Montesquieu. Esa disciplinada y sólida formación aflorará en sus discursos posteriores.

Alumno becado, pobre en un colegio de ricos, con sus zapatos rotos y uniforme desgastado, sólo podía destacar por su trabajo y esfuerzo. Una anécdota de su vida escolar ha dado mucho que hablar a los historiadores. En 1775 fue elegido para pronunciar, en nombre de todo el colegio, un discurso de bienvenida a Luis XVI y María Antonieta en

MARY EVANS



EL TERROR llenó las cárceles de sospechosos de conspirar contra la Revolución. Óleo por C. L. Muller. Museo de Versalles.

EL DERECHO A LA SUBSISTENCIA

EL PROBLEMA de las subsistencias fue la causa desencadenante de los diversos movimientos populares que jalonan la Revolución, desde la toma de la Bastilla hasta las insurrecciones de agosto de 1792 y junio de 1793. Tales motines habían sido habituales en el pasado, a causa tanto de las malas cosechas como de la especulación de algunos mercaderes.

ROBESPIERRE manifestó gran interés por esta cuestión. Se mostró contrario a la ideología del libre comercio tal como la defendían los girondinos, que daba entera libertad a los acaparadores de trigo. Para el líder jacobino, debía primar ante todo un derecho humano básico: el derecho a la subsistencia: «Ningún hombre puede amontonar el trigo al lado de su prójimo que se muere de hambre. La primera ley social es aquella que garantiza a todos los miembros de la sociedad los medios para subsistir; las demás leyes están subordinadas a esta. Las propiedades se tienen con el fin de poder vivir». Como solución proponía: «todo lo que es necesario para conservarla es una propiedad común de la entera sociedad; sólo el

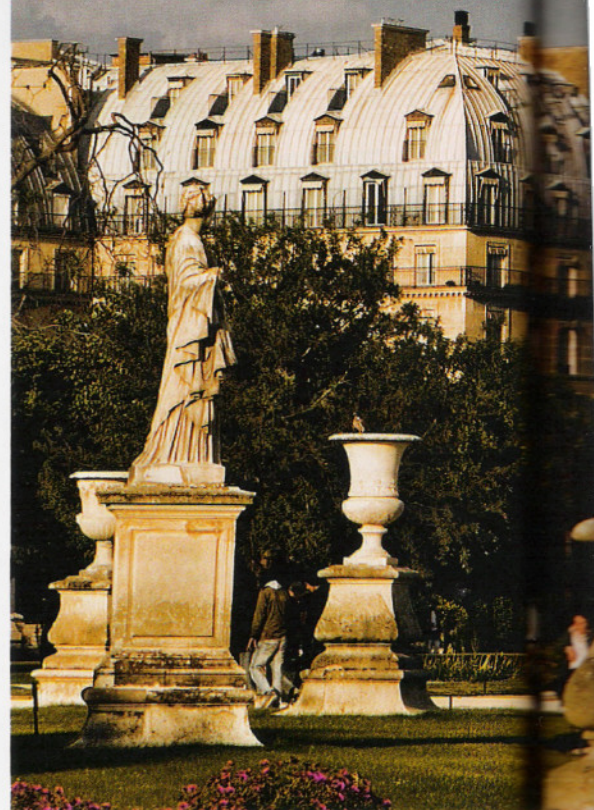
excedente puede ser propiedad individual y puede ser abandonado a la industria de los comerciantes».

LOS DECRETOS de Ventoso (marzo de 1794) plasmaron estas ideas, ordenando el reparto de las propiedades de los emigrados entre los desposeídos. Esa fue una de las causas de la caída de Robespierre y su partido.



ROUSSEAU y los símbolos de la Revolución. Óleo por N. H. Jeaurat de Betry. 1794. Museo Carnavalet, París.

DAGLI ORTI / DE AGOSTINI



Elegido diputado por Arras para la reunión de los Estados Generales, Robespierre puso por escrito los agravios del gremio de zapateros de su ciudad natal, conociendo así los problemas del pueblo

1775, cuando regresaban a París desde Reims tras su coronación. Pero no parece que este encuentro con Luis XVI marcara a nuestro personaje. Cuando acabó su carrera de abogado en la Universidad de París recibió del colegio Louis le Grand un premio de 600 libras y el permiso de pasar su beca de estudios a su hermano menor, Augustin.

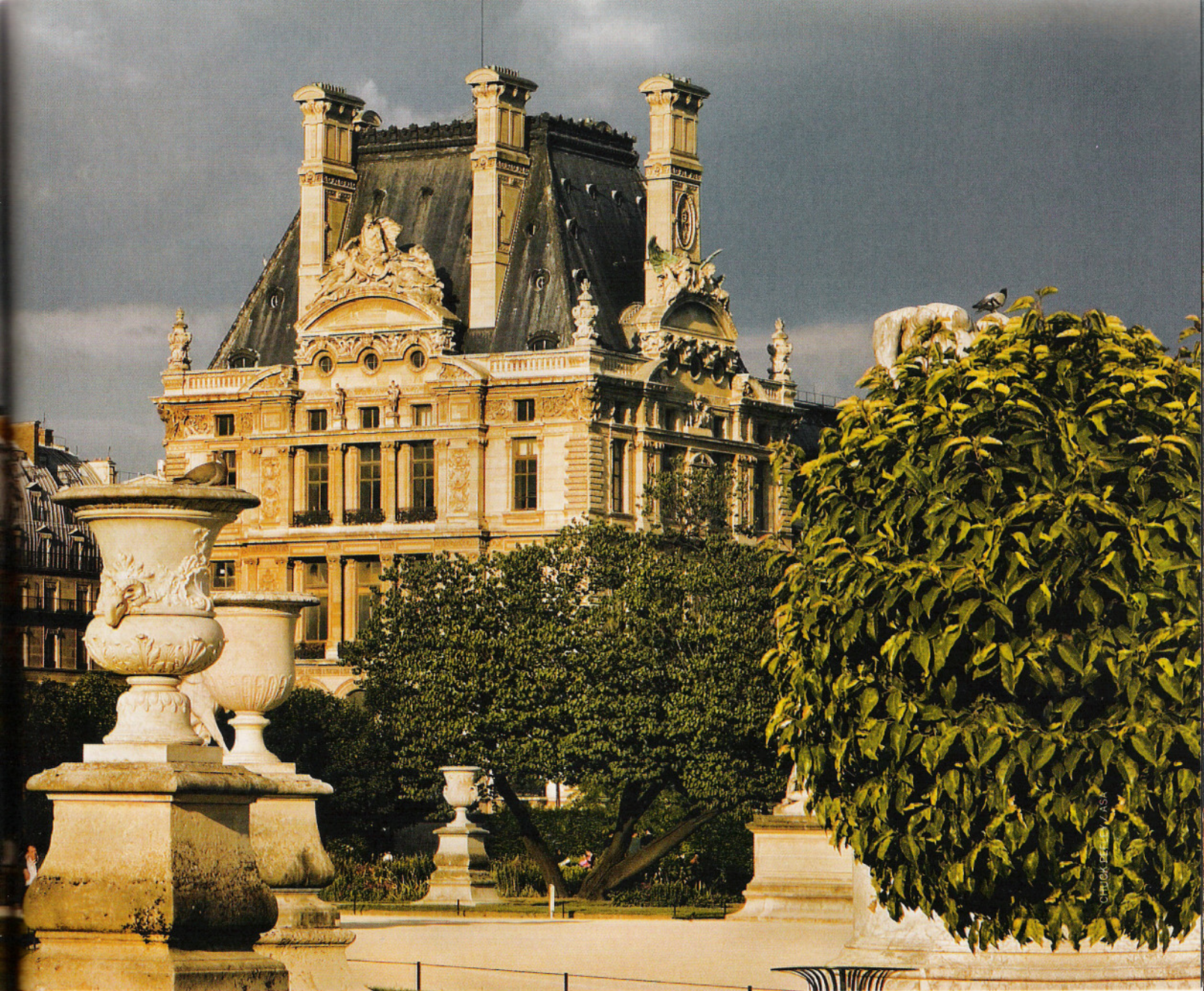
A finales de 1781 volvió a Arras, donde se instaló con su hermana Charlotte y comenzó a ejercer de abogado. Durante estos años, además de dedicarse a su profesión, destacó por sus inquietudes intelectuales, que le llevaron a ingresar en la academia de Arras y en una sociedad literaria local, les Rosati, en la que se prodigaban las fiestas literarias, las lecturas poéticas y los divertimentos galantes—sus producciones poéticas de la época son realmente poco estimables—.

En enero de 1782 fue nombrado juez del obispado de Arras. En tal función tuvo la desagradable experiencia de tener que dictar

una pena de muerte, en contra de todas sus convicciones ilustradas. Sus decisiones en otros casos le valieron la inquina de parte de la Iglesia y la nobleza, los sectores más conservadores de la ciudad.

De sus años en el colegio y como abogado en Arras, Robespierre conservó ciertos hábitos, sobre todo en el vestir. Llevará siempre peluca empolvada, casaca verde oliva, chaleco claro, calzón negro o marrón, medias blancas, zapatos con hebilla de plata, un pañuelo blanco al cuello... Nunca se rendirá a la moda revolucionaria, ni en los momentos más radicales: nunca llevará pantalones, ni el pelo largo ni aún menos bonete rojo.

Los años 1787 y 1788, en que se gestó la crisis que llevaría a la Revolución, serían decisivos en la toma de conciencia política de Robespierre. Inicialmente se manifestó por posiciones moderadas: en 1788 aún escribía que una revolución general en Francia no serviría para curar los males del país.



La convocatoria por Luis XVI de los Estados Generales, que debían reunirse en mayo de 1789 para abordar la grave situación económica que atravesaba el país, provocó una agitación general en el reino. Por doquier cada uno de los tres estados —nobleza, clero y pueblo (el «tercer estado») — llamados a participar en dicha reunión, así como cada gremio y cada corporación profesional, se aplicaron a redactar sus «cuadernos de quejas», exponiendo sus agravios y las reformas que estimaban necesarias.

DE ARRAS A VERSALLES

Robespierre, elegido diputado en representación del tercer estado de Arras, participó de lleno en el proceso. El gremio de zapateros de la ciudad le confió la redacción de su cuaderno de quejas, una experiencia que para él fue un descubrimiento. Un noble expresó el temor de que Languillette, el jefe de los zapateros (que había firmado el cuaderno con una

cruz debido a su analfabetismo), pudiera llegar un día a ser alcalde de Arras. Robespierre, el día de su elección, no dudó en responder: «Todo va a cambiar en Francia: [...] los Languillette se convirtieron en alcaldes y los alcaldes serán personas como Languillette».

A los 31 años, Robespierre se estrenó como diputado en los Estados Generales, en el palacio de Versalles. Estuvo entre los que, en junio y julio de 1789, rebeldes a la autoridad real, transformaron los Estados en una Asamblea Nacional Constituyente, trasladada de Versalles a París tras el asalto a la Bastilla. Gracias a su entusiasmo y al rigor de su argumentación, Robespierre se convirtió rápidamente en uno de los oradores más brillantes de la fase inicial de la Revolución, defendiendo una posición democrática radical.

Pese a ello, el abogado de Arras no logró muchas victorias parlamentarias. Así, cuando en septiembre de 1789 la Asamblea Nacional, a propuesta de Mirabeau, otorgó

EL PABELLÓN de Flora, que a finales del siglo XVIII formaba el ala occidental del palacio de las Tullerías, alojó en 1793-1794 a los organismos del gobierno revolucionario, incluido el Comité de Salvación Pública. Dañado con posterioridad, el edificio fue reconstruido en 1864.

LA PERSONALIDAD DE ROBESPIERRE

Mme. de Staël (1789)

La hija de Necker, ministro de finanzas de Luis XVI, recordaba así a Robespierre: «Hablé con Robespierre en casa de mi padre, en 1789, cuando sólo se le conocía como un abogado de Arras, muy exagerado en sus principios democráticos. Sostenía las tesis más absurdas con una sangre fría que tenía el aspecto de la convicción. Creía de buena fe en la igualdad de las fortunas y los rangos, ideas que había adquirido por sus lecturas».



MADAME DE STAËL (1766-1817), exiliada de Francia en 1793. Retrato anónimo. Museo Napoleónico, Roma.

Saint-Just (1790)

La fama de Robespierre como parlamentario de la Asamblea Constituyente se refleja en las cartas que le dirigió Saint-Just, antes de conocerlo en persona y convertirse en su aliado: «Vos que sostenéis el vacilante país frente al torrente de despotismo e intriga, vos a quien conozco como conozco a Dios por sus milagros... No sois meramente el diputado de una provincia; sois el representante de la humanidad y de la república».



SAINT-JUST (1767-1794), principal aliado de Robespierre. Óleo por P. P. Prudhon. Museo de Bellas Artes, Lyon.

Mme. Roland (1791)

Madame Roland, esposa de un ministro girondino, recordaba en sus memorias la época en que Robespierre asistía a las tertulias en su casa: «Esa reserva, que parecía anunciar o el miedo a revelarse o la desconfianza hacia los otros, me molestaba, pero lo tomaba por timidez... Su talento como orador era mediocre, y tenía defectos de pronunciación que lo hacían aburrido. Pero defendía sus principios con calor y testarudez».



MADAME ROLAND (1754-1793), guillotina en noviembre de 1793. Retrato anónimo. Museo Lambinet, París.

Frente a la indecisión de los girondinos, Robespierre votó a favor de la ejecución de Luis XVI, con el argumento de que «Luis debe morir, para que Francia viva»

el derecho de veto al rey en la Constitución que se redactaba, Robespierre no pudo sino indignarse: «Aquel que dice que un hombre tiene el derecho de oponerse a la ley, dice que la voluntad de uno solo está por encima de la voluntad de todos. Dice que la Nación no es nada y que un solo hombre es todo». Pero nadie le siguió.

LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD

Un mes después la Asamblea Nacional promulgó la ley marcial para reprimir los crecientes motines y actos de violencia. Tan sólo se opusieron Robespierre y Charles Lameth. El primero volvió a protestar contra la extensión de la ley en febrero de 1790: «No proclamemos una nueva ley marcial contra un pueblo que defiende sus derechos, que recobra su libertad. ¿Debemos deshonorar al patriotismo llamándolo espíritu sedicioso y turbulento, y honrar la esclavitud en nombre del amor al orden y la paz?»

Robespierre, al oponerse a la tendencia dominante en la primera fase de la Revolución, denunciaba la contradicción entre los principios revolucionarios y su plasmación legal. La *Declaración de los Derechos del Hombre* de agosto de 1789 proclamaba: «La ley es la expresión de la voluntad general. Todos los ciudadanos tienen derecho a concurrir personalmente o por sus representantes a su formación... Todos los ciudadanos, siendo iguales ante sus ojos, son igualmente admisibles a todas las dignidades, puestos y empleos públicos...» Pero la Asamblea Nacional aprobó una ley electoral en que dividía a los ciudadanos en «activos» (ricos) y «pasivos» (pobres), privando del derecho a voto a tres millones de personas que ya lo habían ejercido en las elecciones para el tercer estado.

Mientras Dupont de Nemours afirmaba que «para ser elector, es preciso tener una propiedad», Robespierre declaró: «La constitución establece que la soberanía reside en

SEGÚN SUS CONTEMPORÁNEOS

Brissot (1793)

Líder del partido girondino, desde octubre de 1792 mantuvo una pugna irreconciliable con Robespierre. Dijo de él en su periódico *Le Patriote Français*: «Robespierre teme la razón, habla siempre a las pasiones. Es profundamente perverso, así pues habla a la profunda perversidad de los demás. No cesa de calumniar, y por tanto siempre declama contra la calumnia». Murió en la guillotina, con otros girondinos, en octubre de 1793.



BRISSET de Warville (1754-1793), líder girondino. Retrato por Fouquet. 1792. Museo de Versailles.

Danton (1794)

Pese a las advertencias de sus amigos, Danton creyó que Robespierre no se atrevería a atacarle. Cuando en el juicio comprendió que su condena a muerte era inevitable, pronunció una maldición célebre: «¡Robespierre, infame! ¡La guillotina te reclama! ¡Tú me seguirás!» Según otras versiones, estas palabras las pronunció cuando era trasladado a la guillotina y pasó delante de la casa de los Duplay, donde se alojaba Robespierre.



GEORGES DANTON (1759-1794), líder de la facción moderada contraria a Robespierre. Museo Carnavalet, París.

Napoleón (1820)

En el *Memorial de Santa Helena*, Napoleón, pese a no simpatizar con sus ideas, defiende a Robespierre: «Era incorruptible, incapaz de condenar a un hombre por odio. Era un fanático, pero creía actuar según la justicia, y no dejó un céntimo a su muerte. Tenía más compasión y visión política de lo que se creía, y después de liquidar las facciones desenfrenadas que tuvo que combatir, su intención era volver al orden y a la moderación».



NAPOLÉON BONAPARTE (1769-1821) escribió sus memorias durante su destierro. Óleo de J. L. David. Washington.

el pueblo. Cada individuo tiene, pues, derecho de contribuir a la ley que luego deberá acatar, y a la administración de la cosa pública, que es suya. Si no, no es verdad que los hombres son iguales en derechos, que todo hombre es ciudadano». Robespierre quedó en minoría y la Asamblea legislativa (constituida el 1 de octubre de 1791, tras la aprobación de la nueva Constitución) fue elegida sólo con los votos de los ricos.

Otro asunto en el que libró una batalla democrática fue su propuesta de que los pobres, artesanos, obreros y campesinos, pudieran formar parte de la Guardia Nacional, una fuerza integrada inicialmente por ciudadanos «activos». Precisamente, en su famoso discurso de 18 de diciembre de 1790 propuso que el lema de la Guardia Nacional fuera: «Libertad, igualdad, fraternidad».

Enemigo de la pena de muerte, Robespierre también se declaró contrario a la esclavitud. En el debate celebrado en mayo

de 1791 sobre esta cuestión, invocó de nuevo la Declaración de Derechos de 1789 para exigir la abolición de aquella. Los esclavistas proponían prohibir la posesión de esclavos en la metrópoli, pero permitir la en las colonias de Francia, ante lo que Robespierre se alzó para protestar: «Perezcan las colonias si deben costar vuestro honor, vuestra gloria y vuestra libertad». Nuevamente fue derrotado.

EL INCORRUPTIBLE

Pese a estos repetidos reveses, Robespierre obtuvo un gran prestigio personal como abanderado de los principios democráticos. Cuando la Constituyente se disolvió el 30 de septiembre de 1791, recibió, junto a Pétion y el abate Grégoire, una corona cívica y la ovación del pueblo. De ese período data también el sobrenombre de «Incorruptible»,



LA EJECUCIÓN

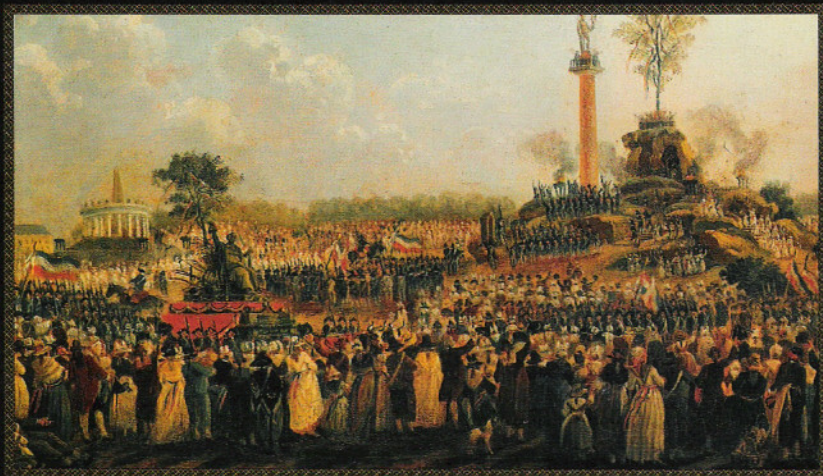
de Luis XVI, representada arriba en un plato de fayenza, fue justificada por Robespierre como una medida de justicia revolucionaria. Museo de Picardía, Amiens.

EL SER SUPREMO, UNA NUEVA RELIGIÓN

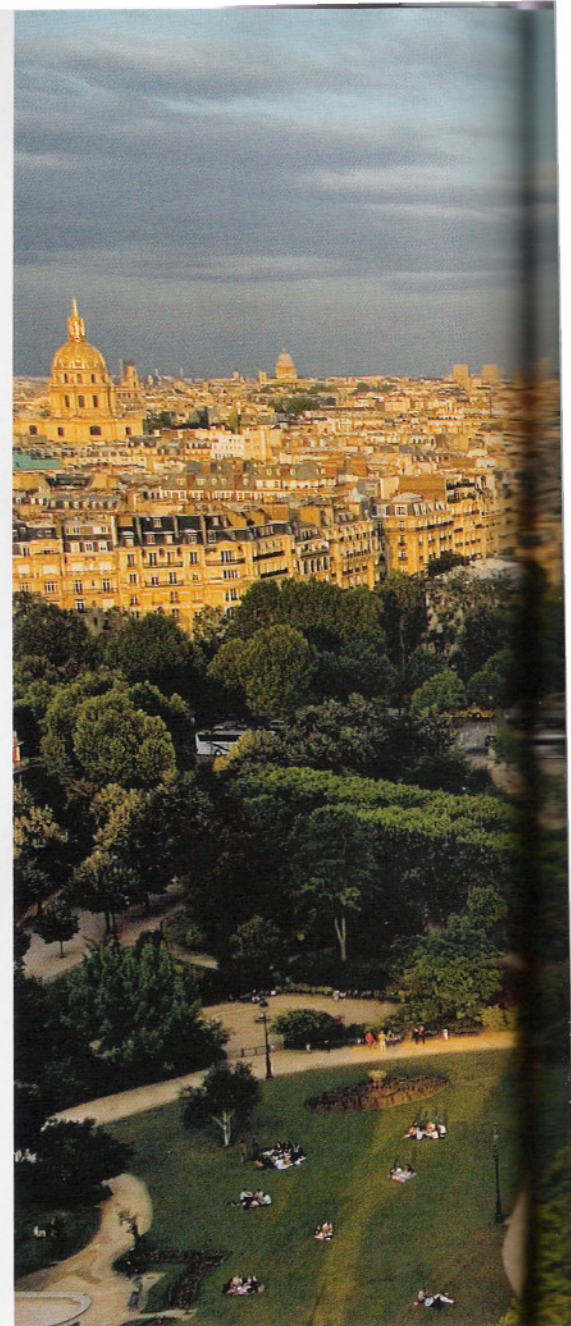
CUANDO LOS JACOBINOS alcanzaron el poder, los grupos más radicales impulsaron una campaña de des-cristianización violenta, con la destrucción de símbolos religiosos y la proclamación abierta del ateísmo. Robespierre se opuso desde diciembre de 1793 a toda persecución religiosa, temiendo que introdujera divisiones en el pueblo revolucionario. En mayo de 1794 propuso una alternativa al ateísmo: el culto al Ser Supremo. El decreto decía: «El pueblo francés re-

conoce la existencia del Ser Supremo y de la inmortalidad del alma... reconoce que el culto digno del Ser Supremo es la práctica de los deberes del hombre...», deberes entre los que se incluía «castigar a los tiranos y a los traidores, detestar la mala fe, socorrer a los infelices, respetar a los débiles, defender a los oprimidos...». El primer y último acto público de la nueva religión cívica fue una gran ceremonia celebrada en el Campo de Marte, presidida por Robespierre.

DAGLI ORTI / DE AGOSTINI



FIESTA del Ser Supremo en el Campo de Marte. Óleo por Pierre A. Demachy.



En su período como diputado de la Asamblea Constituyente Robespierre se ganó el sobrenombre de «Incorruptible», gracias a la vida sencilla que llevaba y su repudio de todo soborno

debido en parte a la vida sencilla que llevaba, alojado en la casa de unos modestos artesanos, en contraste con el lujo en el que otros dirigentes revolucionarios vivían.

Robespierre no participó en la Asamblea Legislativa formada tras la aprobación de la Constitución, pues él mismo había hecho que los constituyentes renunciaran a la reelección. Su influencia se trasladó a la tribuna del club de los jacobinos, desde donde se opuso con fuerza creciente a los partidos que dominaban la Asamblea: los *feuillants* (promonárquicos) y los girondinos (el partido de la burguesía ilustrada).

Robespierre se lanzó a otra batalla perdida cuando se opuso a la política belicista de Brissot, que en abril de 1792 declaró la guerra a las monarquías europeas. Llegó a declarar: «La idea más extravagante que pueda nacer en la cabeza de un político es creer que es suficiente que un pueblo entre a mano armada en un país extranjero para hacerle

adoptar sus leyes y su constitución. Nadie quiere a los misioneros armados». Paradójicamente fue esta derrota la que abrió a los jacobinos las puertas del poder.

En efecto, la guerra en la frontera oriental francesa avivó la agitación de las secciones de París, mientras de toda la nación acudían las milicias de voluntarios, los federados, a defender la capital. La sospecha de que Luis XVI estaba en connivencia con el enemigo llevó a la insurrección del 10 de agosto, que provocó la caída de la monarquía y la proclamación de la República. Se cumplía el anhelo democrático de Robespierre y de los jacobinos, que dominaban la Comuna (el Ayuntamiento) de París.

Robespierre fue elegido diputado por París en la nueva Convención Nacional, surgida de unas elecciones que volvieron a ser por sufragio universal masculino. Líder destacado del grupo de la Montaña (jacobinos radicales), su enfrentamiento con los giron-



dinos, mayoritarios en el parlamento, era inevitable. Así se puso en evidencia con ocasión del juicio al rey, acusado de traición. Brissot y los suyos hubieran preferido condenar al monarca destronado al destierro; para Robespierre, en cambio, el pueblo francés debía considerar al rey un enemigo frente al cual no cabía otra solución que la defensa propia. Por tanto, Robespierre se opuso a que se juzgara al soberano como a un ciudadano. La alternativa era simple: «Luis debe morir, para que Francia viva». Esta vez, la mayoría de la Convención le siguió y en enero de 1793 el «ciudadano Capeto» subió al cadalso.

Tras la ejecución del rey, los girondinos se fueron desprestigiando cada vez más, ante las derrotas militares en la frontera oriental y las insurrecciones contrarrevolucionarias en el interior. Robespierre, apoyado por la Comuna, exigió desde abril de 1793 la exclusión de los girondinos de la Asamblea,

que se realizó finalmente el 2 de junio, tras una insurrección de los *sans-culottes*, el pueblo trabajador de París.

LA LLEGADA AL PODER

La Convención, dominada ahora por los jacobinos, se aplicó a la tarea de fundar el nuevo régimen republicano, elaborando otra Constitución. Junto con pensadores y políticos como Condorcet, Saint-Just o Sièyes, Robespierre colaboró en la erección de un nuevo régimen que debía realizar plenamente los principios democráticos de 1789.

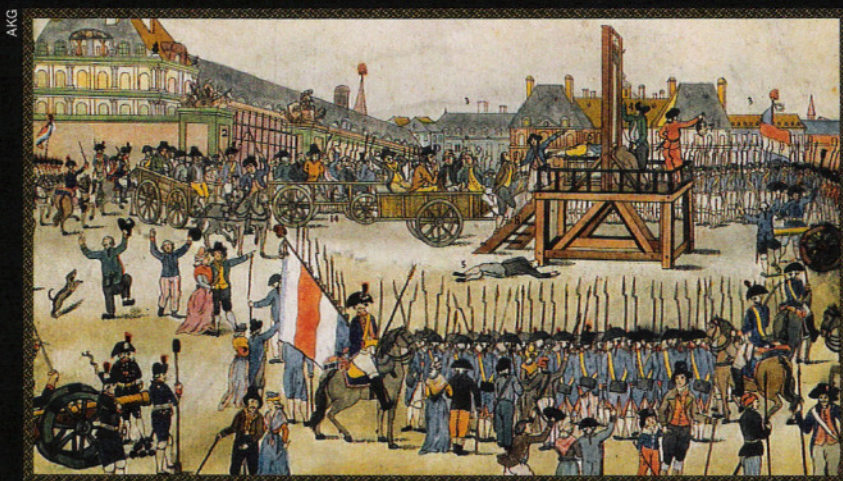
Así, la nueva Constitución vino encabezada por una nueva *Declaración de Derechos*, más democrática e igualitaria que la anterior. En ella se declaraba la felicidad común como fin de la sociedad, se elevaba el derecho a la subsistencia de los «ciudadanos infortunados» a deber de la sociedad, se abolía la esclavitud y la servidumbre, y se afirmaban principios tales como la participación del pueblo en la

EL CAMPO de Marte, del que vemos una imagen desde la Torre Eiffel, fue escenario de las grandes fiestas revolucionarias, desde la de la Federación de 1790 hasta la del Ser Supremo, impulsada por Robespierre en junio de 1794.

LA EJECUCIÓN DE ROBESPIERRE

COMO LA CONVENCIÓN lo había declarado «fuera de la ley», Robespierre no tuvo derecho a un juicio como los que habían llevado al cadalso a tantos supuestos contrarrevolucionarios. Detenido en el Ayuntamiento en la madrugada del 9 al 10 de termidor, al mediodía siguiente, tras recibir algunas curas, se le condujo directamente a la plaza de la Revolución para ser ejecutado junto a veintidós compañeros. En el trayecto Robespierre pudo percibir la indiferen-

cia de un pueblo cansado y desorientado. Su popularidad no había resistido al hambre, la guerra y la confusión que, a estas alturas, se abatían sobre los *sans-culottes* parisinos. Sin embargo, meses más tarde de que la hoja de la guillotina cayera sobre Robespierre, el pueblo de París trataría inútilmente de pedir «pan y la Constitución de 1793» en dos levantamientos populares. En las colas de las panaderías, las mujeres susurraban: «con Robespierre había pan».



EJECUCIÓN de Robespierre y sus aliados, el 28 de julio de 1794. Grabado anónimo.

En su último discurso en la Convención, Robespierre declaró: «Estoy hecho para combatir el crimen, no para gobernarlo». Dos días después fue ejecutado en la guillotina

legislación, el derecho a la instrucción pública, el control sobre los cargos públicos y el derecho del pueblo a resistir a la opresión. Se habían realizado las ambiciones democráticas de Robespierre y los jacobinos.

Sin embargo, la Constitución aprobada a finales de junio de 1793 nunca se aplicó. La guerra externa y la contrarrevolución interna crearon una situación que exigía medidas de excepción. El poder *de facto* se trasladó al Comité de Salvación Pública, un organismo emanado de la Convención y dotado con extensos poderes ejecutivos. Robespierre ingresó en él en julio de 1793, y enseguida alcanzó una influencia preponderante.

Los jacobinos lograron cambiar el signo de la guerra en las fronteras y poner fin a la contrarrevolución interna. Ello no sirvió para diluir las diferencias entre las diversas corrientes revolucionarias, que se debatían entre la radicalización y la consolidación de las ganancias revolucionarias. Robespierre trató de

mantener la unidad revolucionaria, tanto en el Comité de Salvación Pública como en la Asamblea o la Comuna, pero pronto empezó a sospechar de sus rivales, acusándolos de trabajar a favor del enemigo. La tensión se hizo insostenible, y Robespierre decidió acabar con la facción exaltada de Hébert, para de inmediato aniquilar la corriente moderada que encabezaban Danton y Desmoulin. Tras estas purgas, en abril de 1794 Robespierre parecía ser dueño de Francia.

¿RESPONSABLE DEL TERROR?

Acusado por sus enemigos de aspirar a la «dictadura», a Robespierre se le imputó también la organización del Terror: la persecución implacable de supuestos contrarrevolucionarios que llenaban las cárceles y eran llevados a la guillotina. Cabe señalar que, cuando en octubre de 1793 se suspendió la Constitución y se pusieron en marcha los tribunales revolucionarios, Robespierre apo-





yó la instauración del gobierno revolucionario provisional. Pero lo cierto es que, si Robespierre organizó la represión contra los enemigos de la Revolución, lo hizo desde una postura moderada.

Así, trató de salvar a la hermana del rey, sin conseguirlo. No dudó en hacer llamar a París a aquellos representantes en misión que cometían excesos represivos, entre los que se encontraban precisamente algunos de los que tramarian su caída en julio de 1794. Las cifras que ofrece un enemigo de Robespierre, el girondino Saladin, son elocuentes: «en los 45 días que precedieron a la retirada de Robespierre del Comité de Salvación Pública, el número de víctimas fue de 577; en los 45 días que siguieron a esta retirada, hasta el 9 de termidor, ese número fue de 1.286».

El 8 de termidor del año II de la Revolución (26 de julio de 1794), en su último discurso en la Convención, Robespierre afirmó: «Estoy hecho para combatir el crimen, no

para gobernarlo. Aún no ha llegado el tiempo en que los hombres de bien puedan servir impunemente a la patria: mientras la horda de canallas domine, los defensores de la libertad serán unos proscritos».

Al día siguiente, cuando pidió la palabra en la Convención para defenderse de las acusaciones de sus enemigos, uno de los conspiradores pronunció una frase reveladora: «Hacedle callar; si consigue hablar, estamos perdidos». El presidente de la Convención, Collot d'Herbois, no le concedió la palabra ninguna de las veces en que la solicitó. Fue su condena de muerte sin juicio. ■

LA PLAZA de la Revolución, hoy de la Concordia, se convirtió en centro del Terror con la instalación permanente de la guillotina en mayo de 1793. En junio de 1794 el cadalso fue trasladado a otra plaza más periférica, pero Robespierre y sus compañeros fueron ejecutados allí.

PARA SABER MÁS

ENSAYO

La Revolución Francesa
Irene Castells
Editorial Síntesis,
Madrid, 1997

NOVELA HISTÓRICA

La Revolución. III.
Un viento de acero
R. Margerit.
Edhasa,
Barcelona, 2003

TEXTOS

Por la felicidad
y por la libertad
M. Robespierre.
El Viejo Topo,
Barcelona, 2005